

Vita académica, vita beata.

Según una conocida máxima atribuida a Confucio, no es conveniente hablar bien ni mal de uno mismo. Pues si lo haces, nadie estará dispuesto a creerte en el primer caso, mientras que en el segundo lo harán a pie juntillas.

En lo que sigue voy, no obstante, a violar ese precepto, aunque tratando de evitar los calificativos (buenos o malos) respecto a unos hechos que han jalonado mi trayectoria universitaria y que, estimo, tienen un interés más allá de la propia anécdota personal. Viniendo a cuento, o eso creo yo, en estos momentos en los que me he hecho cargo de la dirección del ICMAT y ha cambiado un tanto, ¡ay!, mi calidad de vida.

Aunque participé en las reuniones previas a la creación del Instituto, allá por los años 2003 y 2004, pertenezco al claustro desde poco antes de que usufrutuáramos este magnífico edificio en el que nos encontramos ahora. Quienes vienen a menudo por aquí habrán podido observar que por las mañanas solía estar, y dar mis clases, en el Departamento de la UAM, pero que mis tardes transcurrían en el ICMAT, donde he disfrutado de muchos seminarios interesantes, he impartido cursos de análisis y mecánica de fluidos, he investigado y colaborado en varios artículos publicados y, a veces, me he sorprendido a mí mismo contando anécdotas a los más jóvenes, en la sala del café, sobre personajes de nuestro oficio que he conocido a lo largo de mi carrera.

Salvo algunos asuntos puntuales que me han sido encargados por los anteriores directores y que, en general, creo haber atendido con diligencia, he vivido feliz sin agobios de papeleo y burocracia. En privado, pero también en público, como habrán podido comprobar quienes hayan leído mis comentarios en la prensa, he insistido en que la labor realizada en el Instituto durante sus pocos años de existencia ha sido magnífica, casi milagrosa. Baste citar el número de proyectos ERC conseguidos, la obtención y renovación del galardón Severo Ochoa, y la nada desdeñable cantidad de buenos teoremas que se han logrado y que luego han sido publicados en las mejores revistas. Me parece oportuno hacerlo notar, al tiempo que me complace agradecer a Manuel de León y Rafael Orive, por sus esfuerzos constantes y eficaces, sin los que estas espléndidas instalaciones que disfrutamos no habrían existido.

Una peculiaridad que los matemáticos españoles compartimos con el resto del mundo es que, salvo contadas excepciones, somos mayoritariamente profesores universitarios. Los institutos, no obstante, han sido un factor muy importante, a veces decisivo, para el desarrollo de las Matemáticas, habiéndose convertido en aglutinantes y motores de la investigación realizada en los departamentos universitarios de sus respectivas áreas geográficas. El ICMAT es una aventura conjunta del CSIC y las universidades Autónoma, Complutense y Carlos III de la comunidad de Madrid, siendo uno de nuestros retos más importantes lubricar y perfeccionar la interacción de sus componentes en el funcionamiento del Instituto.

Con la Universidad Carlos III, que es la más joven del cuarteto, he tenido solamente contactos esporádicos, tales como impartir una conferencia o ser miembro de un tribunal de oposición. Pero las otras tres instituciones son parte importante de mi carrera académica. Durante tres años (1976-78) fui Investigador del CSIC, puesto que compatibilicé entonces con el de profesor en la universidad de Princeton, por iniciativa del entonces presidente del Consejo, el profesor

Primo Yúfera, quien propició mi regreso de Estados Unidos con la finalidad, según me decía, de dinamizar la actividad matemática del Instituto Jorge Juan.

El Instituto era entonces un lugar pintoresco y su director me hizo saber enseguida que no era el sitio adecuado para alguien de mi características porque, según me dijo, yo no tendría ningún problema para optar a una cátedra universitaria, dándome a entender que en el Instituto se colocaban, mayormente, quienes lo tenían difícil en la universidad.

Luego fui el matemático de referencia en el Ministerio de Educación del primer gobierno de Felipe González, en el que Juan Rojo, Alfredo Pérez Rubalcaba y Pedro Pascual ejercían el liderazgo reformando el panorama científico y universitario de nuestro país. José Elguero era entonces presidente del Consejo y me convocó para nombrarme “asesor científico del presidente” con la tarea de elaborar un plan de futuro para el Instituto Jorge Juan y su revista. El que hice para la revista llegó a buen puerto y ese es el origen de la actual Revista Matemática Iberoamericana. En cuanto al Instituto, convocamos varias reuniones de los matemáticos más conspicuos del reino en las que fuimos puliendo mis primeros bocetos (basados en los modelos del Mittag-Leffler sueco y el IAS de Princeton), hasta conseguir un proyecto que nos satisfizo a los matemáticos, y también a la presidencia del CSIC. Pero el profesor Elguero dimitió al poco de su cargo de presidente, según me dijo entonces porque se había cansado de las trabas que encontraba por todos lados para realizar algún cambio significativo. Su sucesor, con quien yo había tenido algunos desencuentros en el Ministerio a propósito de las llamadas “áreas de conocimiento”, no quiso saber nada del proyecto de Instituto y este quedó abortado. Sin embargo, uno de los convocados en aquellas reuniones fue Manuel Castellet, quien si fue capaz de llevar a buen puerto nuestras ideas creando el C.R.M. en Barcelona.

Cursé la licenciatura en la Universidad Complutense durante los fascinantes y movidos años en torno a 1968. Luego fui allí profesor durante una corta etapa en la que, entre otras tareas dirigí la tesis de mi primer alumno de doctorado, e intenté, con escaso éxito, cambiar algunos hábitos de la Facultad importando lo que yo había visto y experimentado en Princeton y Chicago. En particular quise que la docencia, al menos en el primer ciclo, fuese compartida por toda la Facultad estableciendo las rotaciones oportunas. Estaba entonces vigente la costumbre, que me propuse cambiar, de que obtener una cátedra en la Complutense era la manera de culminar con éxito una carrera universitaria en España, y los concursos de traslado se decidían fundamentalmente por la antigüedad de los candidatos, pero eso tenía un efecto demoledor para la renovación de la investigación. Finalmente estaba el asunto de los libros, repartidos en los distintos departamentos y en armarios cuyas llaves custodiaban algunos catedráticos. Propuse en la junta de Facultad, también sin éxito, que se reunieran todos los libros en una biblioteca común. Años después, no obstante, el Ministerio me pidió implementar un plan de apoyo a las bibliotecas de matemáticas para el que se dotó una generosa cantidad de dinero. Tuve entonces la oportunidad de exigir que, para acceder a esa substancial ayuda, las Facultades tenían que demostrar haberse dotado de una biblioteca común. Cuando ahora visito la Complutense y me acerco por su biblioteca de Matemáticas siento, creo que legítimamente, una cierta satisfacción.

A la cátedra de la Autónoma accedí hacia finales de 1979 y allí pude poner en práctica esas ideas de “aggiornamiento”. Siguiendo, quizás muy ingenuamente, la conocida teoría política del foquismo, colaboré en la creación de un departamento de matemáticas desde el que irradiar la modernidad. Eran los ochenta, los tiempos de la movida madrileña, como suele denominarse a esa efervescencia de ánimos e ideas que tuvo lugar en esa década, recién estrenada la democracia, cuando una bocanada de aire fresco, descaro, desparpajo y ganas de disfrutar y cambiar las costumbres se extendió por las Españas.

El empeño de crear un foco de investigación matemática en la UAM alcanzó sus límites naturales en el momento en el que nuestros doctores no eran contratados en las otras universidades españolas (aunque sí lo eran en USA), permaneciendo un año tras otro en el Departamento con unos contrarios precarios; o cuando nuestros profesores titulares, seguramente en posesión de unos buenos currículos respecto a la media nacional, tenían serias dificultades, por decirlo de manera muy suave, para acceder a cátedras de otras universidades. Estas circunstancias atacaron duramente nuestra línea de flotación y produjeron un deterioro, en el trato y en las maneras, que acabó incidiendo muy negativamente en la evolución de aquel foco de modernidad matemática que, no obstante, desempeñó un papel relevante en el desarrollo que las matemáticas han experimentado en nuestro país.

A lo largo de mi carrera he podido observar dos vicios que envenenan la vida universitaria española, que para simplificar denominaré “envidia” y “quid pro quo” y que me parece necesario evitarlos a toda costa en nuestro Instituto. Resulta un lugar común aquello de que la envidia es el vicio español por antonomasia. Incluso el mismo Jorge Luis Borges escribió que los españoles, para afirmar que algo es muy bueno, suelen decir que es envidiable. Personalmente yo no creo en esos estereotipos, pero sí en la versión universitaria vigente que consiste en no querer contratar a alguien que te haga sombra. Como afirmó claramente un antiguo miembro del Instituto: “entre mi persona y el sol no quiero que se interponga nadie”. En mi experiencia norteamericana aprendí que allí ese vicio se penaliza, que propiciar la contratación de alguien peor rebaja las expectativas propias, mientras que se estimula lo contrario: rodearse de gente mejor que uno nos hacer mejores, en estatus, currículo y sueldo. En cualquier caso, hemos de tener en cuenta que, también en nuestro oficio, se dan los “egos demasiado revueltos” y conviene que en el ICMAT aprendamos a paliar sus efectos.

El “quid pro quo”, en cierta dosis, puede que sea beneficioso y estimule la cooperación y cierta cohesión social, pero en el ámbito universitario, cuando se exagera, da lugar a la formación de clanes cerrados, hortus conclusus; de jefes que tienen que ser aplaudidos so pena de atenerse a las consecuencias, al tiempo que ofrecen su apoyo y protección en las promociones a los miembros del clan. También hemos sufrido en nuestro Instituto algunas perlas de este vicio, como cuando nuestro vicedirector de entonces fue reprendido por un “jefe universitario” con la frase “tendrás una vida académica muy breve, si sigues por ese camino de colaboración con el ICMAT”.

En general la investigación matemática es también una actividad social, por cuanto la decisión de explorar un tema o un camino determinado proviene, muy a menudo, del interés y el estímulo recibido de otros. La comunicación es el laboratorio de los matemáticos cuya

investigación normalmente involucra las ayudas y las críticas de diversos colegas. Por estas razones, mantenerse activo suele requerir la financiación de viajes a centros de excelencia donde propiciar los adecuados contactos científicos.

La matemática es una ciencia barata. En líneas generales nuestras necesidades de infraestructura se reducen a tres tipos: bibliotecas, medios de cálculo y personal auxiliar de secretaría. Lo que ocurre es que a pesar de ser tan poco, y quizás a veces por ello, su logro es problemático y azaroso con demasiada frecuencia. Una de las necesidades de cualquier científico, y en particular de los matemáticos, es tiempo para investigar. Esto, que parece una tautología, deja lamentablemente de ser evidente en la práctica cotidiana. Necesitamos una cobertura adecuada de personal auxiliar que nos libre de tantas tareas rutinarias y burocráticas que nos vemos obligados a realizar, por ejemplo, en la petición, gestión y justificación de proyectos. El ICMAT debe ser un paraíso, una comunidad intelectual de pensadores, en el que la gestión transcurra por unos cauces que no perturben esa naturaleza. No obstante y parafraseando a Borges, que nadie lo tome a lágrima o reproche, sino a mera constatación de la realidad que, desde que he sido nombrado director, no he tenido casi tiempo para mi propia investigación, ocupado en el empeño de que se den las condiciones mínimas para que lo tengan lo demás. Pero, en cualquier caso, lo daré por bien empleado si logramos que nuestro Instituto persevere en la línea excelente que ha marcado sus primeros años.

Que la verdad y la belleza nos acompañen.

Madrid, 1 de Marzo de 2016.

Antonio Córdoba.